

A veces, cuando caminas por Seúl... probablemente en cualquier parte, pero sobre todo en Seúl debido a que está tan atestado, ves a esa gente, tíos en sillas de ruedas con muñones de piernas que apenas sobresalen, o gente con quemaduras en las caras. Tal vez sus piernas volaron en mil pedazos en una guerra, o alguien les tiró ácido encima. En realidad nunca había pensado en ellos. Y si lo hice, lo que pensé fue en cómo pasar a su lado sin que me tocaran. Me daban asco. Pero ahora pensaba en ellos todo el tiempo, cómo en un minuto puedes ser normal... hermoso, incluso... y entonces podía pasar algo al minuto siguiente que cambiaba eso. Podías lesionarte más allá de toda reparación. Un monstruo. Yo era un monstruo, y si me quedaban cincuenta, sesenta, setenta años, los pasaría como un monstruo debido a ese minuto en que Jandi me lanzó el hechizo después de lo que hice. Nota curiosa sobre ese espejo: una vez miré en él, quedé obsesionado. Primero, observé a cada uno de mis amigos, cogiéndolos en momentos extraños, regañados por sus padres, hurgándose la nariz, desnudos, o generalmente sin acordarse de mí. Observé a Seulgi y Hoseok otra vez. Estaban juntos, sí, pero ella tenía otro novio, un tío que no era de Big Hit. Me pregunté si me habría engañado a mí también. Entonces comencé a observar a otra gente. El apartamento estaba vacío en esas largas semanas de agosto. HyeSun hacía mis comidas y las dejaba para mí, pero yo solo salía si oía el sonido de su aspiradora en otra parte de la casa, o si se iba. Recordé su comentario de que temía por mí. Probablemente pensaba que me lo merecía. La odié por pensar eso. Inicié un juego en el que sacaba mi anuario y escogía una página, luego señalaba a alguna persona al azar, por lo general a algún perdedor al que habría molestado cuando estaba en la escuela. Leía su nombre, luego miraba en el índice para ver qué actividades realizaban. Creía conocer a todo el mundo en aquella escuela. Pero ahora veía que no había conocido a la mayoría. Ahora me sabía todos sus nombres. El juego al que jugaba era elegir a una persona, luego intentaba decidir dónde estarían con el espejo. A veces era fácil. Los tecnogenios estaban siempre frente al ordenador, los deportistas estaban generalmente fuera, dando vueltas por ahí. Domingo por la mañana, la foto escogida era Jeon Jungkook. Me parecía familiar. Entonces comprendí que era el chico del baile al que le había dado la rosa, el que se había emocionado tanto, el que me había dado mi segunda oportunidad. Nunca había reparado en él en la escuela antes de ese día. Ahora ojeé sus páginas en el anuario, parecían un currículum vitae: Matrícula de Honor Nacional, Matrícula de Honor en Taekwondo, Matrícula de Honor en mandarín... bueno, todo matrículas de honor. Debía estar en la biblioteca.

—Quiero ver a Jungkook —dije al espejo. Esperé la biblioteca. El espejo por lo general mostraba la localización, como en una película, después a Jungkook estudiando, aunque fuera agosto. En cambio, el espejo mostró un vecindario que nunca antes había visto... y que no habría deseado ver. En la calle, dos mujeres con tops tipo tubo muy desgastados discutían. Un drogadicto se derrumbó en un umbral, totalmente drogado. El espejo recorrió un umbral, atravesó una puerta, subió una escalera con un peldaño roto y un portalámparas desnudo con cables colgando de él, para luego aterrizar en un apartamento. El apartamento tenía la pintura desconchada y suelo de linóleo. Había cajas en lugar de estanterías. Pero todo lo que veías estaba limpio y Jungkook estaba sentado en medio de esto, leyendo. Al menos había acertado en eso. Pasó una página, después otra, y otra. Debía llevar observándolo leer diez minutos. Sí, era aburrido. Pero era más que eso. En cierto modo era genial que pudiera leer así, y no prestar atención a lo que lo rodeaba.

—¡Oye, chico! —llamó una voz, y me sobresalté. Todo había estado tan callado hasta entonces que no había notado que había alguien más en el apartamento con él. Jungkook alzó la vista de su libro.

—¿Sí?

—Tengo frío. Tráeme una manta, ¿eh? —Jeon suspiró y dejó su libro bocabajo. Eché un vistazo al título. *Jane Eyre*, se titulaba. Tan aburrido estaba en aquel punto que pensé que tal vez lo leería algún día.

—Vale —dijo él —¿Quieres algo de té, también? —Ya estaba de pie, caminando hacia la cocina.

—Sí —La respuesta apenas fue más que un gruñido —Date prisa —Jungkook abrió el grifo y lo dejó correr un rato mientras sacaba una tetera roja abollada. Llenó el recipiente y lo colocó sobre la estufa —¿Dónde está esa manta? —La voz sonaba enfadada.

—Voy, perdón —Con una mirada hacia atrás, hacia su libro, se dirigió al armario y desdobló una raída manta azul. Se la llevó al hombre echado sobre un viejo sofá. Estaba cubierto con otra manta, así que no pude verle la cara, pero temblaba aun cuando era agosto. Jungkook colocó la manta alrededor de sus hombros —¿Mejor?

—No mucho.

—El té ayudará —Jungkook hizo el té, y buscó algo en el vacío refrigerador, se rindió y llevó el té al hombre. Pero él se había dormido. Se arrodilló junto a él un segundo, escuchando. Luego extendió su mano bajo el cojín de sofá como si buscara algo. Nada. Volvió a su lectura, se bebió el té. Yo seguí observando, pero nada más pasó.

ooo

Por lo general solo observaba a una persona una vez pero durante la semana siguiente, seguí volviendo a Jungkook. No es que fuera sexy, que yo fuera gay o que hiciera algo interesante. La mayoría de la gente de Big Hit estaba fuera de campamento, o incluso en Europa. Así que podría haber observado a alguien en el Louvre si hubiera querido. O mejor aún, podría haber visto el cuarto de las duchas de un campamento lleno de chicas desnudas... vale, eso lo hice. Pero por lo general, observaba leer a Jungkook. ¡No podía creer que leyera tanto en verano! A veces se reía leyendo su libro y una vez incluso gritó.

Yo no sabía cómo alguien podía sufrir semejante obsesión con los libros. Un día, mientras estaba leyendo, había habido un ruido... golpes en la puerta. Lo vi abrirla. Una mano lo agarró. Me sobresalté.

—¿Dónde está? —exigió una voz. Una forma grande y pesada apareció a la vista. No podía verle la cara, solo sabía que era grande. Me pregunté si debería llamar al 911.

—¿Dónde está qué? —dijo Jungkook.

—Sabes muy bien qué. ¿Qué hiciste con ella?

—No sé de qué hablas —Su voz era tranquila y se retorció, liberándose del apretón para volver otra vez a su libro. El desconocido lo agarró de nuevo y tiró de él.

—Dámela.

—Ya no la tengo.

—¡Maricón! —Lo abofeteó con fuerza y Jeon tropezó, se cayó —La necesito. ¿Crees que eres mejor que yo, que me puedes robar? ¡Dámela! —Comenzó a avanzar hacia Jungkook para agarrarlo otra vez, pero Jeon se recuperó, se puso de pie y corrió a ponerse detrás de la mesa. Agarró su libro y lo sostuvo delante suyo, como si de un escudo se tratara.

—Mantente lejos de mí. Llamaré a la policía.

—No echarías a la policía sobre tu propio padre —Me tensé ante la palabra padre. ¿Esta piltrafa era su padre? ¿El mismo a quién había arropado la semana anterior?

—No la tengo —dijo Jungkook. Su rostro tenía la mirada implorante de alguien que se esfuerza por no llorar —La tiré, la eché por el váter.

—¿La tiraste? ¿Cien pavos de caballo? Tú...

—¡No deberías haberla tenido! Prometiste... —Se lanzó hacia Jungkook, pero su andar era inestable y Jungkook consiguió escapar y correr a la puerta. Sosteniendo aún su libro, salió del mugriento apartamento, bajando la escalera agrietada llena de telarañas hacia la calle

—¡Escápate! —gritó el hombre tras él —¡Igual que las guerras de tus hermanas!

—Jungkook corrió por la calle hasta la estación del metro. Lo vi bajar las escaleras, hasta que se subió a un vagón. Solo entonces rompió a llorar. Lamentaba no poder ir con él.